

# El bosque vacío

## (Segunda parte)

I

**C**uando entré en el patio de su casa, Guillermo parecía oír el canto de los pájaros. Estaba sentado en una silla de enea, con los pies sobre una caja de madera y, a su izquierda, tenía un vaso vacío de café. No me oyó llegar. Tenía aspecto de dormido pero sus ojos estaban medio abiertos. En las paredes del patio, desde que yo tenía memoria, había un par de jaulas que de vez en cuando solía sacar a la fachada de la calle, donde las colgaba sobre un clavo. Esperé un momento y luego carraspeé llamando discretamente la atención. Guille giró la cabeza ligeramente y sonrió. Su cara, un poco terrosa, se llenó de sutilidad. El gesto de Guille no fue tanto una incitación a que entrara al patio sino al lugar donde él estaba. Con Guille las cosas eran un poco así y ya hacía algún tiempo que había comenzado a descifrar su lenguaje corporal, por decirlo de alguna manera. Me senté en la otra silla y lo miré sabiendo que podríamos estar así toda la tarde. Había llegado a quererle, a admirar sus arrugas, a simpatizar con su indumentaria un poco labriega, a tener paciencia con sus caprichos y su gusto por las paradojas. Guillermo —ahora lo veo— fue para mí un desafío.

Cuando me enfrenté con mi padre, a la edad en que la afirmación del propio mundo es una tarea insoslayable, no tardé en superarlo, es decir, que mi padre se convirtió a mis ojos en un verdadero muro frente al cual yo sólo tenía dos opciones: o golpearme una y otra vez contra él o saltarlo. Retrocedí y cogiendo una buena carrera, hecha de rebeldía y negaciones, salté como un galgo. Al caer al otro lado me hallé, no con la felicidad o excelencia que había presentido sino con algo un poco distinto: conmigo mismo y un espacio insospechado pero lleno, sin embargo, de sospechas.

Aunque la vida es una, a ese otro lado del muro yo lo podía llamar mundo en contraposición al espacio familiar que siempre me pareció que era algo a punto de consumirse en su propia nadería. Pero esto que describo como el momento en que la tortuga llega a la meta, es más bien la llegada inminente y siempre aplazada de Aquiles.

Comencé a retroceder para saltar tal vez aquel día en que mi nombre se desplazó y en su hasta entonces lugar absoluto se abrió una grieta. Esa grieta se desdobló y metamorfoseó y se hizo espacio exento tras el muro donde ya me aguardaba a mí mismo. Pero Guille era otra cosa, no era mi padre, no era un muro, no venía desde mi más remota memoria; Guillermo venía al encuentro. Guille no era demasiado sólido, en el sentido en que yo nunca supe a ciencia cierta a qué atenerme con él. Todo esto es una manera de decir que era sorprendente y en ocasiones evasivo; que estaba dispuesto a darte la razón y explicarte minuciosamente que ignoraba el significado de tener *razón* frente a algo. Aunque su personalidad era evasiva, o más exactamente, el mundo tal como él lo pensaba lo era, Guille estaba allí donde yo fuera, se había introducido en mi diálogo interno, de modo que ante cualquier decisión era rara la vez que no consideraba la manera en que él respondería o actuaría ante esto o aquello. Guillermo era el sentido común y el menos común de los sentidos. Estaba siempre disponible y era al mismo tiempo inaccesible. Todo lo contrario de mi padre, que fue un hombre excesivamente compacto en sus juicios y en sus actitudes, tanto que allí donde él estaba no solía haber ninguna otra cosa. Tal vez por eso supe muy pronto que no había lugar para mí y que mi lugar debía ser otro. En cuanto a cosas de otro mundo... Nunca supe de qué forma creía Guillermo (porque era creyente o tenía alguna forma de creencia trascendente); en contraposición, desde muy niño fui consciente de que mi padre era un ateo militante. Se pasó la vida diciendo que Dios no podía existir. Yo no podía comprender cómo un inexistente le acompañaba tanto. Era orgulloso. Yo creo que en algún momento temprano de su vida debió vivir una decepción profunda en su religiosidad y no dejó de reprocharle a Dios esa decepción. Le hubiera venido bien creer, porque eso habría disminuido su orgullo y le habría ayudado a descansar en alguna medida del peso monumental del yo. Sin embargo, Guillermo no había crecido sobre su yo sino más bien contra él, en proporción directa a su disminución. Gracias a eso podía penetrar en las cosas y no sólo entender asuntos difíciles de sus procesos sino *estar* en ellas. No parecía Guille tener especial empeño por afirmar un pivote omnipresente. Sus cualidades contemplativas habían desplazado el eje de su gravitación hacia el inagotable afuera que, a veces, era también el inagotable adentro. «Me estimo —me dijo un día en que le hice observar esto que estoy diciendo— pero de mane-

ra indirecta». Guillermo era afectivo y distante, pero no frío, en absoluto; sin embargo, debo reconocer que en su carácter había algo remoto, como si hubiera llegado al convencimiento de que nadie podía hacer nada por nadie. No sé si era exactamente esto, pero digamos que había en él, en ocasiones, un aire de fatalidad, nada teatral, visible sólo de manera «indirecta».

A Guillermo era difícil calcularle los pasos. Uno podía llegar a su casa, como en el momento en que comienzan estas páginas, y no pasar nada o bien salirte por peteneras. Te puedes sentar, él sonríe, mira la sombra sobre el muro de cal, te sirve café o vino, se levanta y corta algunas hojas de los geranios, vuelve a sentarse y hace alguna observación sobre el tiempo, algo así como «está despejado» o bien «hay viento en las alturas». No lo hace para entrar en conversación sino para decir esa simpleza. Yo creo que estaba vacío hasta los bordes. Se me ocurre que a Guille, con lo que había bebido, esta expresión le hubiera hecho gracia, estar vacío hasta los bordes. Por eso cabía tanto en él. Mientras que a la mayoría de los mortales, un poco de tiempo puro les angustia y desconcierta, a él le entraban tardes enteras. Tardes sin propósito, tardes en las que sólo hay tiempo. Guillermo se tragaba muchas tardes, y si te acercabas a él siempre estaba vacío. Tal vez porque se estimaba «de manera indirecta»: antes de volver a sí mismo se daba un paseo por el mundo y de esta manera «sí mismo» no podía ser otra cosa que una gota de agua en la corriente de un río inmenso. Porque hay una sola vida y un río que la cruza.

El río que cruzaba mi sola vida era Julia. No viviré lo bastante para comprender el misterio de ciertos encuentros, y menos aún para agotar la admiración ante tales sucesos. Puede que el caletre no me dé para más, pero en cambio dudo mucho de que la admiración desfallezca. Hasta tal punto ha sido así que Guillermo, conociendo mi debilidad, me preguntaba de vez en cuando, a ver, cómo, pero cómo fue exactamente que os conocisteis. Él sabía que mi descripción nunca iba a ser la misma. Como en la paradoja de Zenón (que pareciera que fuera la única que conozco, al menos por la vehemencia con que insiste en este libro), siempre había una nueva división y, por lo tanto, una nueva historia. Bien, pues esa tarde Guille comprendió que el tema iba a ser Julia. Era sábado y era raro que no estuviera con ella o que no hubiéramos ido ambos a visitarlo. «¿Así que a punto de separaros? ¿De verdad lo dices?». Eso creía yo. Había muchas cosas que yo no entendía en ella. «Sé que no es posible, pero lo mejor es que no las entiendas» —me dijo Guillermo con un aire resuelto, como resignado a que esa tarde no volvería a oír cantar los pájaros. «Pero será mejor que me cuentes, hasta donde puedas contarme». Lo hice, pero mi relato no revelaba nada nuevo: era como la descripción de uno de esos días de primavera en los que hace un sol radiante: todo se ilumina y se

tensa en pura transparencia y, de pronto, vemos que se aproximan, algo lejos aún, algunas nubes muy blancas al principio, un poco más oscuras después. Baja el viento, agita las ventanas, los toldos, los árboles y los papeles abandonados que se convierten en caóticos y amenazantes pájaros que se agitan por el aire. El cielo, en pocos minutos, se ha cerrado encima de nuestras cabezas y rompe a llover. La temperatura desciende. Miro hacia arriba. Hay un claro, súbito, allí entre dos edificios, y un poco de sol, no, mucho sol, barre las calles como una manguera de agua. El mundo tintinea. Entramos en una tienda a comprar no sé qué chuchería y al salir vemos a la gente con los paraguas abiertos. Tus zapatos blancos han sido sometidos a un indeseado oscurecimiento. Notas un pinchazo en la garganta. El día, al fin, siempre súbitamente y nunca del todo, se ha despejado. Julia tendría entonces diecisiete años, no estoy seguro, aunque hago cuentas no sabría decir, tal vez no los había cumplido; y yo, poco más. No es que la vida fuera inestable sino que yo necesitaba que no se moviera tanto. Guille tenía razón, la solución hubiera sido no preocuparse y dejarse ir un poco, pero eso no era posible.

Una vez más yo había comenzado por el principio. Guille —lo vi más tarde— debió hacer algún esfuerzo para atender tan reiteradamente a las obsesiones de mi tardía adolescencia. O tal vez sólo hacía como que me escuchaba y pensaba en otra cosa, comprensiblemente. Volví al principio: érase una vez, en el principio de los tiempos, en otro lugar. Y luego de describir la hierofanía, pasaba directamente a las minuciosidades de los asuntos cotidianos donde tropezábamos como albatros baudelerianos. Estos asuntos rozaban en ocasiones la sexualidad; pero de ésta no hablé nunca con Guille. Tal vez, la diferencia de edad me lo impedía. No creo que a él le hubiera molestado, pero sí a mí. Así que pasaba por encima algunas de nuestras desavenencias. Al principio todo fue descubrimiento y explosión: un caer constante del uno en el otro, como quien no puede sujetarse en el propio cuerpo y encuentra que sus propios pasos ha de darlos con el cuerpo del otro; pero luego vino el ajuste, el tiempo, el lento tiempo que fue dando acogida a los fantasmas. Recuerdo, sobre todo al inicio de conocernos, que nos pasábamos horas hablando de sexualidad. Yo hacía de ella, al hilo de ciertas lecturas, una experiencia liberadora, transgresora, y al par poética; y Julia lo aceptaba de buena gana, pero su cuerpo se iba en ocasiones por otra parte. Una parte de sombra se instalaba y comenzaba a engordar hasta que un gesto suyo o mío, un poco de luz engendrada sobre esa misma sombra, llenaba de humor nuestra conversación o nuestro silencio.

Ahora el problema era de otra naturaleza. Había pasado el tiempo y algunas cosas se habían quedado atrás, no sé si resueltas, como se suele decir,